

## Entre kirios y montevidianos

Diálogo entre la utopía de Francisco Piria “El Socialismo Triunfante”, la obra de Pedro Figari “Historia Kiria” y el momento histórico en que ambas son escritas

*Teresa Torres*

Cómo voy a creer/ dijo el fulano  
Que el mundo se quedó sin utopías

Mario Benedetti

Yo tampoco quiero creer que el mundo se quedó sin utopías porque, en el sentido amplio y generalizado del término, tener sueños imposibles o proyectar mundos perfectos es inherente a la condición humana. De todas maneras en este trabajo en particular tengo que acotar el término para que este refiera, únicamente, a la “utopía” como forma literaria, expresión del pensamiento que ha sido desterrada como tal de nuestra producción intelectual.

La utopía, en ese sentido, presenta siempre un plan de sociedad perfecta. Una comunidad que funciona en un imaginario vacío, sin contradicciones reales, sin aristas ni conflictos sociales. Hermana de la novela, deja volar la imaginación de su autor y nos hace ingresar en el mundo perfecto. El tiempo propio de la narración puede ser un remoto pasado, un presente que se aleja en función del espacio o un lejano futuro; su ubicación geográfica puede estar en un punto desconocido o borrado del universo o se puede localizar en el mismo espacio en el que es producida. Lo interesante de esta serie de posibilidades es que, sin embargo, la utopía siempre va a estar refiriendo al tiempo y al lugar en el que es creada. La ficción se crea en relación a la vivencia personal, social y epocal del propio autor y, por ello, ninguna otra manifestación literaria puede reclamar con tanto derecho la afirmación de J. De Romilly que dice: “Toda obra, aún cuando ella no se refiera a la actualidad, se compone en el seno de una cierta “Actalidad Intelectual”, que deja sobre ella su marca”.

Ahora bien, el llamado Nuevo Mundo en época del descubrimiento, bien puede reclamar para sí el título de “tierra del utopismo”, pues es aquí donde los europeos piensan encontrar aquellas sociedades míticas y perfectas y donde, con el correr del tiempo, algunos de ellos intentan crearlas. Según Fernando Aínsa “esta pulsión entre realidad e idealidad –si bien subyace en la integridad del devenir latinoamericano- ha sido más explícita en cinco momentos particulares de su historia, momentos de gran tensión utópica en los cuales se ha completado el circuito que va de lo imaginario a lo

real, de la teoría a la praxis y de ésta a renovadas esperanzas. Ellos son:

- el que precede y propicia el “descubrimiento” de América, presentimientos, mitos y leyendas del imaginario clásico y medieval que configuran una primera idea de lo americano;
- el que organiza, a lo largo del siglo XVI, las alternativas a la conquista imperial, especialmente en la experiencia vivida de la práctica religiosa y misionera;
- el fermento de ideas y acciones políticas que preparan y acompañan la Independencia americana;
- los planes y proyectos con que aspiran a estructurarse los flamantes estados en el siglo XIX;
- Los planteos programáticos de muchas revoluciones y enunciados ideológicos del siglo XX.

El estudio que realizaremos se ubica en esa producción de la segunda mitad del XIX donde, al decir de Ángel Rama, es “cuando “la ciudad real” cambia, se destruye y se reconstruye sobre nuevas proposiciones, y la “ciudad Letrada” encuentra la coyuntura favorable para incorporarla a la escritura y a las imágenes que –como sabemos- están igualmente datadas, trabajando más sobre la energía desatada y libre del deseo que sobre los datos reales que se insertan en el cañamazo ideológico para proporcionar el color real convincente. Esta función ideologizante de la ciudad pasada se aprecia aún mejor si se observa que debe componérsela con la otra parte del díptico que se produce en las mismas fechas y nos dota de las obras utópicas sobre la sociedad futura... Esta producción de utopías no entusiasmó en América Latina a los grandes escritores cultos y frecuentemente fue obra de aficionados. Para el caso de Uruguay una estuvo a cargo de un rematador, Francisco Piria “El Socialismo Triunfante –Lo que será mi país dentro de 200 años) y otra de un espléndido pintor, Pedro Figari (Historia Kiria).

Establecer un diálogo entre las dos utopías y de ambas con la época en la que son creadas es el objetivo de este trabajo; para ello comenzaremos a acercarnos a sus respectivos autores para luego seleccionar algunos de los temas tratados en los textos referidos que serán: educación, cultura, religión y posición de la mujer.

Francisco Piria nace en 1847 y muere en 1933, mientras que Figari vive desde 1861 a 1938; noten que si bien las fechas de origen distan 14 años entre sí, las fechas de sus respectivas desapariciones se diferencian sólo en cinco años lo cual muestra que , durante setenta y dos años compartieron tiempo y espacio; ambos son hijos de italianos y ambos parecen estar dotados de una energía inagotable que los precipita a la acción; Piria es rematador, industrial en diversas ramas de esa actividad; fundador de setenta

barrios montevideanos y creador de Piriápolis; tiene un breve pasaje por la política nacional ya que es el primer candidato de la “Unión Democrática”; periodista y escritor; masón y alquimista. Publica “El Socialismo Triunfante” en 1898.

Pedro Figari es abogado, educador, diputado, ateneísta, pintor, poeta, ensayista, narrador, filósofo. Grado 33 de la masonería en agosto de 1860. Comienza a escribir cuentos de manera sistemática entre 1927 y 28 y publica su “Historia Kiria” en 1930.

“El Socialismo Triunfante” ubica el tiempo de la acción en el 2098 en Uruguay, particularmente en Montevideo con algunas salidas a las afueras; la visita a Piriápolis y las loas a su fundador es uno de los momentos más divertidos de la obra ya que destaca la modestia del autor. Todo comienza cuando Fernando, personaje central, regresa a Montevideo de un viaje que ha hecho a la India y decide poner en práctica un experimento que viera realizar en ese país: encerrado en una caja de cristal, bebe un elixir proporcionado por un fakir y comienza su viaje a través del tiempo. Despierta en el 2098 y, guiado por el anciano Temístocles y también su familia, en especial su hija Rosa del Alba (Rosalba), de la cual Fernando se enamora, recorrerá en seis jornadas este, su propio país, pero en el futuro. Largos discursos (algunos larguísimos) sirven para explicar al viajero la nueva realidad y para criticar duramente aquella de la cual proviene: los partidos tradicionales, el “socialismo anárquico”, los militares, la religión católica, los usureros, los latifundistas, la educación, la moral, el hombre del siglo XX, todo va siendo demolido y mostrado como erróneo; sólo algunos seres excepcionales se salvan de este incendio como Francisco Piria. Si juzgamos a esta novela desde un punto de vista estrictamente literario tendríamos que decir que no es propiamente buena, por no llegar a enunciar el juicio desde lo negativo; ritmo lento, personajes carentes de verosimilitud, flojo hilo de lo anecdótico, estilo que, si bien no es incorrecto gramaticalmente no suscita ningún placer estético al lector.....Ahora bien, si tenemos en cuenta que Piria utiliza la literatura como forma de proponer públicamente sus ideas, es más, nunca vio en el arte otro fin que el de explicar o convencer de las mismas al lector, podemos afirmar que su lectura se vuelve interesante. Agreguemos a esto el hecho que causa cierta inquietud al lector uruguayo esa anticipación de lo que será su propio país y tratar de imaginar que en un futuro, en este mismo lugar, podría existir una sociedad propia de un mundo de ciencia ficción. Al finalizar la obra Fernando exclama: “...todo fue un sueño...lo que será una realidad en el porvenir.”

“Historia Kiria” está dedicada por su propio autor “A LOS QUE MEDITAN SONRIENDO”, lo cual nos da la tónica de toda la obra: una propuesta humorística, muchas veces irónica, de la realidad humana que propone – por comparación- una

reflexión sobre nosotros como seres humanos y nuestras organizaciones sociales. El manuscrito que narra la historia de los kirios es encontrado por casualidad por el “yo” (que puede identificarse con el autor) en un puesto de libros a orillas del Sena; muy a la manera cervantina cuando encuentra la continuación de la historia escrita por Cide Hamete Benengeli.

En principio no está demasiado interesado pero los dibujos del manuscrito llaman su atención; simpático guiño al lector: Figari –que ilustra su utopía- en la realidad ficcional es seducido por esos dibujos. Cerrado el trato por el manuscrito corre a la casa de Alí Biaba que de inmediato reconoce el idioma (caldeo antiguo) y el tema: la historia de los kirios. La traducción se hará en forma oral por Alí mientras el narrador toma nota; este sistema instauro la obra en un margen de veracidad discutible pues, como dice la primer nota: “Por no conocer el viejo caldeo, ni el subsiguiente, no he podido verificar si la traducción de Alí Biaba es rigurosamente literal, y para dar mayor amplitud a mi relato reproduzco las notas que él puso de su cuenta conjuntamente con las impresiones y comentarios que me sugirió la versión, a medida que se hacía”. A partir de ahora tendremos entonces tres voces: la de un manuscrito que no se sabe si está bien traducido, la de Alí y la del autor; arriesgado juego literario que, si bien nos permite tener una plurivocidad y un diálogo epocal, Figari no maneja muy bien y muchas veces hace que la lectura se convierta en una tarea ardua.

A partir del prólogo la narración se desarrolla a través de cuarenta capítulos que intentan recrear la realidad de este particular pueblo y que van desde su ubicación geográfica y temporal (una isla con forma de corazón situada en el Pacífico y que se sumergió unos trece siglos antes de la era cristiana), hasta recrear el espíritu, los usos y costumbres, la organización y la forma de diversión de este tan alejado pueblo.

En cuanto a la valoración literaria de esta obra me remitiré a lo que afirma Angel Rama: “Donde mejor se ven sus cualidades y defectos literarios es en la Historia Kiria. Ninguna necesidad de acción organizada y desarrollo amplio; numerosísimas y pequeñas escenas destinadas a ejemplificar las ideas expresadas previamente; intervención preponderante de la observación y crítica moral; ausencia de personajes verdaderos ..... una prosa sencilla y directa con certeras notas de gracia; juego amplio de la imaginación sobre un fondo evocativo real (los admirables kirios tienen mucho de las costumbres de gauchos, chinas y vendedores ambulantes que había creído encontrar Figari en nuestra campaña)”.

Hasta ahora hemos presentado dos obras con marcadas diferencias en lo que refiere a la estructuración del tema utópico y a su valor literario; también es justo

reconocer que ambas surgen de un sentimiento de disconformidad con el “aquí y ahora” que les tocó vivir a los respectivos autores y que ambos abordan la tarea literaria con el fin de transformar la realidad. En la presentación de mundos ideales, aunque se den por ciertos en un pasado o posibles en un futuro, lo que verdaderamente subyace es la invitación a la reflexión y a la acción que culmine con un mejoramiento de la sociedad que envuelve esa producción intelectual. “En el marco de sucesivos modelos ideológicos, políticos o simplemente estéticos, la función utópica acompaña, pues, la historia factual de América Latina como su contrapunto dialéctico y da la medida de la tensión existente entre el ser de la realidad y el deber ser al que aspira, al punto de que la propia identidad se define a partir de las antinomias creadas por esa tensión.” (Fernando Aínsa).

Entre 1870 y 1900 el Uruguay verá desarrollarse un proceso de transformación del modo de producción que la historiografía denomina primera modernización. Los objetivos más visibles de esta primera fase transformadora apuntaban a consolidar la presencia del Estado en la sociedad y en la economía, afirmar la propiedad privada y reinsertar al Uruguay como Estado y como Nación en el contexto mundial de finales del siglo XIX. “El modelo de modernización tuvo su correlato en el plano de la cultura que registró, si se observa desde lo más visible, un exitoso avance del positivismo expresado en la impetuosa reforma escolar promovida durante el gobierno de Latorre por el joven José Pedro Varela, decepcionado por entonces de la política partidaria en la que había militado. Se concretó así la creación de un sistema de enseñanza primaria de base igualitarista, acorde con las exigencias disciplinadoras de la economía en transformación y con los compromisos filosóficos derivados de la matriz iluminista, atenta a la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie” (G. Caetano, J. Rilla “Historia contemporánea del Uruguay”).

La reforma vareliana que constituye un espacio importante en el imaginario colectivo del ser “uruguayo” es, sin embargo, denostada por Piria en su utopía: “Para enseñarles a leer y escribir a las multitudes y dejarlas después en la misma condición mísera en que se encontraban antes, cuando no peor, más valiera dejarlas tranquilas vegetar en su ignorancia, pues lo que se hacía no era otra cosa que preparar aceleradamente la revolución.....” El rechazo que nos produce este pensamiento es visceral, obviamente, pero es necesario contextualizar y, tratar de entender. Para el autor la injusticia social comienza a percibirse en la escuela donde un niño pobre contempla entre azorado y avergonzado la merienda del niño rico que se sienta a su lado; la idea de “igualdad” que se plantea en la posibilidad de coexistir en el mismo espacio educativo se ve desmentida en el ámbito social. La ruptura de ese velo implica el surgimiento en las

masas populares de lo “que se llamó socialismo y degeneró en anarquismo”. No se condena el extravío, se censura la falta de capacidad de los gobiernos para atacar las causas: “La teoría de los gobiernos de tu siglo era empobrecer al pueblo, pues de esta manera se le dominaba más fácilmente”. Para Piria esta educación “superficial” que no propendía a cambiar el modelo integral de sociedad y de ser humano, para lo único que sirve es para ahondar las diferencias y proyectarse al caos.

Insistimos en la idea que la utopía se genera a partir de un presente que se percibe como defectuoso y se proyecta a un futuro o a un pasado en el que se plantean las soluciones ideales. El punto de partida de este perfeccionamiento, en el caso de la educación es, para Piria, el trabajo sobre el plano moral de los educandos. Para ello el plan es el siguiente: a los cinco años el niño varón (no queda claro el tema de la educación de las mujeres) abandona el núcleo familiar y pasa a ser educado por el Estado. “La educación primaria se da de los 5 a los 9 años. La secundaria de los 9 a los 15. La superior de los 15 a los 21” La primer etapa educativa tiene como base “mente sana en cuerpo sano”, y se dedica básicamente a explorar, mediante el juego, las verdaderas capacidades del niño: “es un encanto ver aquellos pequeños talleres de juguetería, en donde se forman ebanistas, mecánicos, joyeros, relojeros...”. Aquí los niños aprenden escritura y gramática. La lectura se les priva para que la deseen y la asimilen cuando la empiecen a gustar”. El objetivo es: “Formado el corazón, vigorizada la inteligencia, fortalecido el cuerpo, tenemos la base sólida para formar al ciudadano honrado...”

En la Secundaria (9 a 15) el joven se perfecciona en los estudios superiores: historia, astronomía, geología, física, química, matemáticas, derecho público, etc...para luego perfeccionarse en alguna especialidad. Lo importante que propone el texto es que: “Las carreras del trabajo ennoblecen al hombre, una profesión es un título honorífico, y en nuestro siglo es tan bien mirado el que hace zapatos como aquél que ejerce cirugía....”. Obviamente es este un golpe certero para aquella sociedad de fines del XIX y del siglo XX donde el grupo de los “doctores” ostentaba el prestigio y el poder, mientras que los oficios eran considerados como formas de ganarse la vida de gente menos “apta” intelectualmente.

Esta educación utópica propende también al conocimiento del país y se establece como crítica al sistema vigente que no da “ningún conocimiento del territorio nacional, de nuestros ríos, de nuestra flora” ni del aprovechamiento de nuestros recursos naturales. Es importante esta idea de privilegiar lo americano y lo nacional que fue acuñada por tantos de nuestros escritores latinoamericanos y que, aún hoy, en un

mundo globalizado, sigue en cuestión. Un escritor, aún cuando no sea bueno, no puede eludir al ambiente intelectual que lo marca, y recordemos que, es esta la etapa en que el arte toma como empresa dotarnos de una identidad como nación; Píria despega hacia el futuro esa búsqueda y la agranda: Uruguay, convertido en Estado Cisplatino y que ha reconquistado los territorios que Brasil le quitara, tiene Institutos Superiores en casi todos los Departamentos de los cuales surgen científicos criollos que compiten con los extranjeros en cuanto a invenciones y creaciones y está unificado lingüísticamente por una “nueva lengua muy distinta de la sancionada por la Academia Española” y que se consagra en un diccionario confeccionado por “Argentina, el Uruguay y el Paraguay el año 1988”.

Mientras tanto, “En pleno Barrio Latino, junto al Panteón y cerca de las nubes, vibra un poco del alma de nuestra mejor América...Tras de altos ventanales, en un estudio luminoso como el cielo mismo, hay un hombre de blancas y rostro agudo, que ha logrado conservar, traspuesto medio siglo de vida, una sorprendente lozanía espiritual. Expresión risueña de viejo duende, inquietud de neófito, matutina fe adolescente: añadid una jícara de mate y el cocktail se llamará Pedro Figari” (Alejo Carpentier “Pedro Figari y el Clasicismo Latinoamericano”).

Ese “viejo duende” de estirpe positivista, llena su mundo pictórico de negros y gauchos porque cree que ellos son seres enraizados en la naturaleza, que viven sus vidas en armonía con la realidad y que, por tanto están cerca de lo “básico, vigoroso, lo esencial cimentador”. El universo literario también esta transitado por esos seres esenciales que saben descartar el artificio y la complejidad; sus “kirios” son el ideal: agradecidos a la vida y a sus ancestros se empeñaban en exclamar “¡ Oh, qué dulce es vivir!”; sus pipas y peliandros construían un universo de placer y, para no apartarse del sentido común pedían el “ké (algo así como realidad o medida) ...con la misma llaneza y familiaridad con que los músicos piden el LA, deseosos de no desafinar”. En suma, su “juiciosa continencia permitía a los kirios el vivir a su gusto, aún en la propia vida terrenal. Por ser felices eran buenos; eran correctos por conveniencia, y, además, atentos.”

¿Y cómo se educa un pueblo para vivir así? El capítulo dedicado a la escuela es el último –y creo que no por casualidad- en la “Historia Kiria” ; ilustrado abundantemente termina con un dibujo que rinde honor a los ancestros: sobre una pirámide trunca se apoya una media esfera –la tierra quizás- y sobre ella una pareja de humanos primitivos y algo simiescos; el hombre sonríe ampliamente y levanta un brazo a manera de saludo que tiene aire de triunfal.



Para los Kirios nada más grande que el hombre "ni en la naturaleza ni en la propia imaginación" y, por tanto "se consideraba un agente divino ...y dado que se conocía y se esmeraba en proceder correctamente, llegaba a adquirir, poco a poco, por persuasión, la seguridad que era lo mejor que podía ser..." Es así que la escuela "trataba ante todo de preparar al alumno en el sentido de formar conciencia acerca de la dignidad de la especie humana, de la estimabilidad de la vida y de las ventajas que ofrece para el hombre la vida de sociedad." Nada se nos dice de los planes, los modos de llegar a este objetivo que, ahora resumiríamos en la tan manida frase "educación en valores" aunque nunca nos pongamos muy de acuerdo en cuáles son los mismos y como transmitirlos.

Ángel Rama nos dice al respecto: "El positivismo se manifestó en muchos autores como una sensación de seguridad en la acción y en el progreso, merced a la cual se adquiriría el dominio confiado de sí mismo." Ahora bien, esa "seguridad" puede ser sentida en el mundo de la utopía, ese mundo ficticio de seres que no tienen ninguna contradicción interna y que habiendo desterrado "las idealizaciones más brillantes de la literatura, así como todo aspecto entenebrecedor", tienen vida únicamente en las páginas de una obra literaria; ambigüedad que recorre toda la Historia Kiria.

La escuela de Figari está en perfecta consonancia con la realidad y por ello los alumnos, al abandonarla, se hallaban habilitados para incorporarse sin sorpresas a la vida isleña" y seguir su educación según el pensamiento de Lagarmio que sirve como acápite al capítulo."Toma la vida natural como la más sabia escuela".

En la amplias notas que integran el texto, tanto Alí Biaba (el traductor) como ese "Yo" escribiente (encargado de recibir el dictado) manifiestan duramente sus críticas al sistema educativo "real". "La escuela, entre nosotros, va preparando alumnos como en una fábrica de pianos se preparan las teclas, sin saber qué clase de música van a tocar, pues van a la circulación con la conciencia de la tecla, más no con la del piano, ni mucho menos con criterio musical.(Nota de Alí Biaba)".

Escuela que fomenta en el educando el orgullo de pertenecer a la raza humana, entidad mayor a la que se ve obligado a servir por su propia condición, formando parte de un grupo criterioso y original que tiene como fin la felicidad del individuo.

Dentro de las notas a ese capítulo no falta la defensa a la idea de identidad americana: "No es una simple derivación de una cultura europea o asiática con alma americana, a lo que aspiro yo para América, sino a una reacción de nuestra alma libre, autónoma, espontánea..." Esta afirmación, que se reitera muchas veces en la producción de autor, no implica rechazo a los bienes culturales provenientes de otros continentes o de otros tiempos, sino de utilizarlos con "criterio propio" y ese criterio



surge de una aproximación a lo natural, a lo esencial americano. Como dice Doña Micaela en un precioso cuento “Pajueranos”: “a mi me parece que hay mucha falsificación, y que casi todo huele a postizo. Las cosas por aquí no se ofrecen al natural, como ofrecemos nosotros...”

Piria y Figari proponen, en sus respectivas utopías, dos tipos de seres humanos absolutamente diferentes y, por ende, dos sistemas educativos que difieren en sus métodos y fines: el uno poder forjar ese hombre dado a lo espiritual y, el otro, con miras a lo esencial, adherido al mundo de los posibles.

Ambos coinciden, sin embargo, en la crítica a la actual educación que no les satisface y lo hacen a través de dos planteamientos básicos: la idea de formación moral previa e indispensable para recibir la académica y el reclamo de insistir en un sentimiento americanista que nos libre de la mera imitación.

En este diálogo entre realidad y utopía debemos tener presente que estamos ubicados en las dos últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, lapso fecundo en cambios y, por tanto en búsquedas y desorientaciones. El triunfo del Positivismo condena, según Zum Felde, a la metafísica que “quedó relegada como una antigualla; Dios pasó a la categoría de fósil medioeval; el alma ya fue sólo una metáfora”. Desde el universo político se militaba a favor del anticlericalismo, del matrimonio libre, del divorcio.... No sin tensiones se abren paso estas ideas y también férreas oposiciones, lo cual brinda un abanico de respuestas acerca de los temas inherentes a dimensiones éticas y espirituales. Recordemos por un momento a Rodó que en 1906 publica el artículo “Liberalismo y Jacobinismo” a raíz de la expulsión de los crucifijos.

Veamos como se responde a estos temas desde el plano utópico. Para Piria “sólo el sentimiento religioso no puede sucumbir”, pero las múltiples religiones (incluido el catolicismo), fueron inventadas por los hombres y han perdido su lugar ante el avance de la ciencia; en su mundo perfecto se ha encontrado el camino de la verdad: “todos los pueblos son cristianos.” No crean que es fácil la solución propuesta pues, poco más adelante afirma que “Nosotros no profesamos más religión que la del deber: para nosotros la sociedad es una familia, la patria el mundo!” En la Tercera Jornada Fernando visita el templo al Espíritu Universal; ubicado en terrenos que ocupó el Cementerio Inglés es un imponente edificio donde se reúnen todos los símbolos históricos y religiosos posibles, por ej. Se accede por una escalinata de treinta y tres escalones que representan a los treinta y tres orientales. Estatuas a la Esperanza, la Ciencia, la Caridad, el Eterno Amor.....Dentro del templo hay una increíble profusión de estatuas: sobre el primer pedestal Adán y Eva, como símbolos del primer amor para

luego ubicar a Cristo, Moisés, Zoroastro, Sócrates, Mahoma, San Pedro, San Pablo, Santo Tomás y Lutero...” Aquello era un templo y un vasto museo religioso a la vez: un código universal.” En suma, ante la desorientación del personaje, se le aclara que siempre hubo una sola religión, la del amor cristiano, que era representada, en épocas de “barbarie” (léase siglo XX), por múltiples “sistemas”. En este Montevideo moderno e ideal todo se reduce a una verdad suprema que está inscrita en el frontispicio: “Yo soy el que fui y seré el que soy”. Tenemos entonces una propuesta de hombre obra de la divinidad, integrado a ella y a toda la naturaleza a través del amor; esta propuesta que yo la definiría como panteísta, implica una relación estrecha de religión y estado pues surgen de lo esencial humano.

Mientras tanto el pueblo Kirio toma el problema según su venerable sentido común: “Lo que se llama Dios de alguna manera existe; pero, al no saberse cómo es ni dónde está, lo mejor será que nos ocupemos, entretanto, a la manera de dioses, de nuestros propios cominos.” Sin embargo, esta afirmación agnóstica no conforma del todo al pueblo y, en el capítulo IV, se dan algunas posibles variaciones que van desde una propuesta evolucionista que no descarta la reencarnación a la manera de circulación del espíritu en distintas formas aunque nunca a modo de castigo porque “para ellos era siempre un gran honor ser animales”, a proponer como “única religión la de la acción proba” o ceder al requerimiento del pueblo que “quería algo, cualquiera cosas que fuese”. Es así que un rey llamado “el prudente decide dejar “que cada cual se manifestase sobre este punto con arreglo a su conciencia, según quisiera, a condición de no molestar a los demás con sus tristezas y menos aún con maldades y trapisondas...” Todo el culto se debía reducir a festejar un día a la semana, con sus pipas y peliandros, en el campo y sin orar porque, como decía un sabio, “el que ora pide, y el que pide concluye por molestar.”

En suma, mientras “El Socialismo Triunfante” afirma la posibilidad de la religión única y universal, la Historia Kiria propone como ideal atenerse a los hechos pero, respetuosa de la condición humana, decreta la libertad de culto con la única restricción de no perjudicar al cuerpo social y que el mismo se mantenga dentro de los límites del sentido común y del buen humor. Para Figari la auténtica religión es la que implica cumplir “religiosamente sus deberes naturales”.

Si tomamos la fecha de publicación de la utopía de Piria (1898) y la de Figari (1930) y hacemos un repaso de todos los movimientos que se producen en esos años, todas las rupturas, tendremos la sensación de vértigo que, realmente, caracterizaron ese comienzo de siglo. El romanticismo de corte hugoniano se resiste a abandonar el

escenario; alrededor del 95 el realismo comienza su imperio en la novela; simbolismo y parnasianismo imponían sus ritmos; Rubén Darío encabeza el Modernismo, y los movimientos de Vanguardia estallan desde 1910 en adelante. Todos coexisten y cada autor hace sus opciones o sus propias síntesis. Veamos qué propone el mundo utópico en este campo.

En “El Socialismo Triunfante” no se dedica mucha atención a la literatura y sólo el teatro aparece mencionado; es parte de la educación de los niños que ven obras de carácter moralista y, luego, se habla del cambio del teatro lírico del cual se han borrado las voces humanas que han sido sustituidas por los instrumentos y del “Teatro Dramático Nacional” que nos es descripto en cuanto a edificio y espacio escénico, pero no se habla de las obras en sí mismas: “Tiene capacidad para ochenta mil espectadores y está construido tan artísticamente y con tanta perfección, que a ninguna persona se le escapa una sola palabra cuando el actor recita....El escenario está en el centro del gran salón.”

Los Kirios, sin embargo, en la medida que se van perfeccionando, es decir que van acercándose más y más a la vida natural abandonan el teatro pues “ya no se complacían en asistir a las agonías, ni a los arrebatos pasionales eróticos, y ni siquiera a las infamias...” En las notas al pie del capítulo se privilegia el cine pues, según ese transcriptor del texto: “El cine, entre otras ventajas, ofrece la de dejarnos ver que no es por la acumulación de progresos que se conquista el bienestar, sino por la organización, así como es infructuosa toda organización cuando carece de probidad.”

En ese camino a la esencialidad los kirios llegaron a quemar libros de poesía porque ponían en peligro su apego a “lo sensato y normal”; sólo conservaron algunos cantos populares:

“En la opaca mente humana,/ si no van bien dirigidos,/ las razones y los juicios, rebotan como pedradas/en la piel del cocodrilo.”

En cuanto a las artes plásticas los kirios se “esmeraron en fomentar las artes útiles con mayor esmero que las suntuosas, y llegaron, a pesar de la exigüidad de sus conquistas mecánicas, a procurarse una vida agradable”..... “en cuanto as lo del arte por el arte, sonreían.”

La concepción del arte de Figari es muy amplia. No se reduce a las llamadas “bellas artes” y, curiosamente, lleva a éstas al terreno de lo útil. Su Historia Kiria , dedicada a los que meditan sonriendo” no desdice para nada con lo expuesto en “Arte, Estética e Ideal” que se centra en los fenómenos empíricos provenientes de la observación de la naturaleza.

Espiritualista uno, positivista el otro, se rozan sus pensamientos al considerar lo artístico en función de lo social.

Época de cambios para la mujer esos tiempos de fines del XIX primeras décadas del XX; leyes que la protegen en su derecho a terminar una relación matrimonial, leyes que le permiten votar, valientes como Paulina Luisi que egresa en 1908 como primera médica cirujana del país.....¿Las colocarán las utopías en el lugar que ellas buscan en el mundo real?

Rosalba, ocupa un lugar privilegiado en la Utopía de Piria y compadece a sus congéneres de antaño, pero sólo lo expresa en el campo emocional: “Las jóvenes de nuestro siglo no tienen reserva alguna en manifestar sus sentimientos al hombre que aman...” “Las jóvenes del siglo XIX eran obligadas a esconder sus sentimientos.” Muy poco más tenemos del tema femenino en la obra y, si bien aparecen actuando en pie de igualdad dentro de ese mundo absolutamente sereno, son los varones los que son educados por el Estado...¿Simple contradicción del autor –que tiene muchas- o imposibilidad de concebir, como hombre de su época un rol diferente para la mujer?

El capítulo XXI de la Historia Kiria se llama “FEMINISMO” y realmente es sorprendente; los kirios y ese yo que impone sus reflexiones dentro del propio texto no están muy seguros de la actitud a tomar.

Agripa, feminista de la época, se presenta ante el rey y le pregunta si no le parece que los hombres se han quedado con la mejor tajada, a lo que el rey contesta si ella recomendaría a “aquel que teniendo un pan en la mano, quedase con la tajada más chica?” La derrota de Agripa es la derrota de todas las mujeres kirias que desde allí renuncian a cualquier otro reclamo, pero introduce la reflexión sobre la época actual, donde se duda de las posibilidades femeninas en el campo de la política, y si bien se le reconoce su natural pacifista se afirma que “cuando no queda sojuzgada por la modista o el modisto, es una excelente administradora”

Me pregunto si, en esta época, podría ser escrita una utopía. ¿Tendríamos la posibilidad de concebir un modelo de sociedad que logre la felicidad de todos sus habitantes?

Para Piria “rotas pues, todas las ligaduras del pasado, el hombre que había vivido muchos siglos fastidiado y aburrido entre el cenagal del vicio, hoy vive entre la virtud, feliz.”

Mientras tanto los kirios “iban buscando la beatitud no por medio de la filosofía del deseo ni por la desmedida ambición, sino por medios más positivos, tratando de encontrarla dentro de los cánones de la vida natural.”

Cerremos, por ahora con Benedetti:

Como voy a creer/dijo el fulano  
Que la utopía ya no existe  
Si vos/mengana dulce  
Osada/eterna si vos/ sos mi utopía.

## **BIBLIOGRAFIA**

- Aínsa Fernando – “De la Edad de Oro a El Dorado” – F.C.E. (1992)
- Caetano Gerardo – “Identidad y Utopía en Figari” – Catálogo Museo Nac. De Artes Visuales (2009)
- Caetano Gerardo – Rilla José – “Historia contemporánea del Uruguay” – Ed. Fin de Siglo (1994)
- Dobrinin Pablo – “Francisco Piria y El Socialismo Triunfante” <http://www.geocities.com>
- Figari Pedro – Cuentos – Banda Oriental (1990)
- Figari Pedro – “Historia Kiria” – Instituto Nac. del Libro (1989)
- Martínez Cherro Luis – “Por los Tiempos de Fco. Piria” – Banda Oriental (2003)
- Moro Tomás – “Utopía” – Losada (1999)
- Piria Francisco – “El Socialismo Triunfante – Dormaleche y Reyes (1898)
- Rama Ángel – “La Ciudad Letrada” – Arca (1998)
- Ángel Rama – “La Aventura Intelectual de Figari” – Helios (1951)
- Retamoso Pedro – “El Hermano Pedro Figari” – [www.masoneriadeluruguay.org](http://www.masoneriadeluruguay.org)
- Rossal Marcelo – Tani Ruben – “Francisco Piria: Etnógrafo del Futuro”
- Zum Felde – “Proceso Intelectual del Uruguay” – Librosur (1985)